

“PARA BELLUM”

por Jorge C. Berriatúa

Si vis pacem, para bellum, si quieres la paz, prepara la guerra advierte este adagio latino que data del siglo V d.C. y cuya autoría debemos al militar romano Flavio Vegecio. Paz y guerra, dos estados de la condición humana diametralmente opuestos. La existencia de uno conlleva inexorablemente la del otro. Desde la aparición del primer homínido, según la paleoantropología, hace unos cinco millones y medio de años, el ser humano no ha conseguido erradicar la guerra de su existencia y quizá ésta sea la tarea más ardua que le queda por emprender. La avaricia, el poder o simple y llanamente nuestra condición genética parecen imposibilitar la erradicación de la guerra hasta tal punto que la supervivencia de nuestra especie todavía no está garantizada. En los albores del año 2000 se colocaron las primeras piezas de la Estación Espacial Internacional, cuyo montaje definitivo está previsto para 2010. Algunos científicos creyeron ver en este satélite artificial una garantía de supervivencia para la especie humana pues cualquier cataclismo acaecido en la Tierra no tendría repercusiones significativas en esta estación espacial. La supervivencia de la especie estaría, por lo tanto, garantizada.

Los antecesores del homínido moderno llevan, hasta la fecha, si nos ceñimos a los restos fósiles de *Australopithecus* más antiguos del mundo hallados en África por los antropólogos, casi cinco millones y medio de años en pie de guerra. Ese es el tiempo en el que, por lo que hoy sabemos, debemos parar el reloj evolutivo para saber cuándo emergió el primer ser humano prehistórico. Algunos autores citan el siglo XX como el más sangriento de la historia. Se trata, sin duda, del momento histórico en el que el ser humano ha sido especialmente abyecto y destructor perfeccionando el arte de la guerra (sobre el que escribiría en un tratado el general chino Sun Tzu en el siglo VI a.C.) como nunca antes hasta causar algo más de 110 millones de muertos entre las dos grandes guerras mundiales. Se trata de un hecho espinoso a la par que innegable: la historia del hombre está ligada a la historia de la guerra y la evolución intelectual de la especie humana no puede desligarse de su condición bélica. En cinco millones y medio de años, la evolución, la inteligencia, el lenguaje y la comunicación no han conseguido erradicar un estado de conflicto interpersonal como la guerra que parece tan arraigado en nosotros como lo es la capacidad de caminar erguidos o utilizar herramientas. Me pregunto si es posible vivir libres de conflicto o si estamos tan condicionados genéticamente para la guerra que estamos, de algún modo, diseñados *para bellum*.

No es una pregunta fácil, pero quizá haciendo un ejercicio de imaginación nos acerquemos bastante a la respuesta. Imaginemos por un momento que habitamos el Paleolítico Superior, hace unos 30.000 años. De repente nos hallamos inmersos en un mundo que no sabe lo que es Internet, la banca electrónica, los viajes espaciales, los hipermercados y que no conoce los edificios ni los índices bursátiles. Ahora somos pro-hombres, más concretamente hombres de Cromañón, medimos unos 180 centímetros, tenemos la frente prominente, una mandíbula pronunciada y un exceso de vello corporal que nos protege del frío y de las inclemencias meteorológicas. Vamos ataviados con la piel de los animales con los que nos alimentamos y portamos rudimentarias herramientas hechas de piedra, aunque estamos empezando también a trabajar el sílex, el cuerno y el hueso. Además, nuestra dieta y evolución anatómicas han obrado el pequeño “milagro” genético del habla así que podemos comunicarnos entre nosotros mediante un lenguaje rudimentario. Vivimos en la sabana keniana, en plena África, y el clima es cada vez más templado pues nos encontramos en mitad de un período interglacial. Hoy es un día como otro cualquiera. Estamos hambrientos y hemos salido a cazar.

De repente uno de nosotros avista una de nuestras presas favoritas, mamuts, y nuestra capacidad craneana, ya semejante a la que tendrá el moderno *sapiens* elabora un plan de ataque en grupo que acaba con un ejemplar de mamut abatido sobre la sabana. Con unos cuantos vocablos primitivos hemos sido capaces de entendernos y de organizar un ataque en grupo para cazar. El plan, por supuesto, ha sido un éxito y hemos derribado al animal hiriéndolo de muerte con los certeros latigazos de nuestras lanzas.

Tras la batida unos cuantos de nosotros nos reunimos alrededor del mamut para despedazarlo. Nuestro grupo está formado por cinco ejemplares. Dos cromañones desollan el lomo del mamut, un tercero descansa extenuado por la brutalidad de la caza y otros dos, nosotros y otro ejemplar, cortamos pedazos de carne de las patas traseras del proboscídeo con los que nos alimentamos en el mismo lugar de la caza. Y es que dos de los cinco miembros de la expedición estamos verdaderamente hambrientos y no podemos esperar a trasladar la presa a nuestro asentamiento. Ambos cortamos la carne simultáneamente, trabajamos sobre una superficie de mamut de unos 90 centímetros cuadrados, la presa es enorme, tenemos sitio de sobra para alimentarnos los dos a la vez y nos ponemos a ello. Portamos una rudimentaria sierra dentada en una mano que nos sirve a modo de herramienta. Desollamos, cortamos, desgarramos y comemos pequeños trozos de carne muerta, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, con un frenesí propio del mono que fuimos hace mucho tiempo...de repente advertimos que nuestro congénere se aproxima demasiado al que ya inconscientemente hemos bautizado como "nuestro" espacio de mamut del que nos estamos alimentando; nos importa pero no demasiado y seguimos comiendo. Sin embargo instantes después volvemos a ser testigos de la misma aproximación y, en esta ocasión, apercibimos a nuestro compañero severamente haciendo uso de unos fonemas rústicos y toscos con los que sabemos va a entendernos perfectamente para intentar que ceje en su empeño de alimentarse de "nuestro" sector de mamut.

Sin embargo, una vez más, somos víctimas de las ansias alimenticias de nuestro colega. Éste corta nuevamente un trozo de carne de nuestro sector pero en esta ocasión, antes de que pueda llevárselo a la boca, agarramos fuertemente nuestra sierra de sílex y lanzamos un centelleante ataque contra nuestro acompañante, ahora ya adversario, que éste no es capaz de repeler. Como ambos estamos sentados en el suelo, al extender nuestro brazo derecho, hemos conseguido hacerle un corte en el pecho. Parece profundo porque repentinamente comienza a sangrar con profusión. Su sangre se entremezcla con la del animal muerto. Nuestro rival emite un alarido de dolor que nace de lo más profundo de su garganta. Entonces nuestro cerebro se adapta rapidísimamente, casi instintivamente, a esta nueva realidad, y dejamos de comer. Ya estamos listos para combatir. Escupimos el trozo de carne que estábamos mascullando y preparamos nuestra defensa porque sabemos que vamos a sufrir la réplica de nuestro ataque. Toda acción conlleva una reacción y como era de esperar el cromañón herido se avalanza sobre nosotros con una fuerza e ímpetu que no logramos detener y nuestra cabeza golpea fuertemente contra la sabana. Pero la caza, nuestro ataque y la pérdida de sangre de nuestro adversario han minado sus fuerzas y lo sabemos. Nos las arreglamos para rehacernos y, con nuestro rival cabeceándonos contra el suelo, nos las apañamos para clavar nuestra sierra en su espalda. El dolor empieza a debilitarlo y acometemos impulsivos y sucesivos ataques con nuestra sierra contra su espalda clavándola tantas veces como nos es posible.

Su suerte está echada y presentimos que nuestra acometida tendrá éxito. Sus heridas son lo suficientemente graves como para que esté cercano a la muerte. Notamos como su fuerza se rebaja porque su corazón comienza a latir lentamente y, cuando percibimos que el momento es el adecuado, volteamos a nuestro adversario invirtiendo los papeles. Ahora somos nosotros los que estamos sobre él y, en un alarde de precisión y fuerza realizamos un ataque definitivo al cuello asestándole infinidad de cortes y clavándole la sierra de sílex hasta casi la

empuñadura. La sangre brota literalmente de su cuello tiñendo nuestro propio rostro pero ni siquiera lo notamos, nos duele la cabeza y empezamos a ver y a pensar con dificultad. Los golpes que hemos recibido en la nuca no eran tan insignificantes como pensábamos. Tenemos que actuar rápido pues nosotros también estamos perdiendo fuerza, hemos de administrar la muerte ya y nos ponemos a ello con energía. Nuestras puñaladas se suceden una tras otra y nuestro rival, casi a merced de nuestra cólera, comienza a ser incapaz de defenderse con los brazos. No advertimos la escena teñida de sangre ni nos hemos interesado por los otros tres cromañones de la manada que seguramente estén presenciando nuestro ataque, pero notamos perfectamente cómo la balanza del poder se decanta de nuestro lado. De repente estamos cegados por el poder que ejercemos sobre nuestro semejante. Estamos ante un ser que está a punto de morir e incrementamos nuestro ataque apuñalando su garganta con ambas manos, pero tal es la brutalidad de nuestro ataque que la sierra se parte en dos. Inmediatamente agarramos la cabeza de este ser, ya inerte, y la golpeamos incesantemente contra uno de los gigantescos colmillos del mamut que descansan sobre la tierra. Entonces un ruido seco y sordo capta nuestra atención y detenemos la matanza. Miramos a nuestro adversario y sabemos que lo hemos conseguido. Respiramos aliviados porque ha muerto.

Alzamos la mirada y observamos la escena mientras nuestros niveles de adrenalina comienzan a estabilizarse. Tenemos entre nuestras manos un cráneo roto y un cuello prácticamente separado del tronco. Lo que queda de nuestra sierra de caza sigue clavado en la garganta del cadáver pero hemos logrado repeler el ataque y garantizar nuestra alimentación un día más. Dejamos caer el cuerpo sin vida de la víctima y volvemos a sentarnos en el suelo, en el mismo sitio en el que nos encontrábamos comiendo cuando empezó la contienda. Estamos agotados así que nos recostamos sobre el mamut mientras extraemos con los dedos desnudos diminutos trozos de carne.

Regresemos al siglo XXI. Lo cierto es que no ha sido un viaje en el tiempo muy agradable. Sin embargo es posible que nos haya revelado las claves que explican el comportamiento bélico del hombre moderno. Analicemos nuestra conducta prehistórica. En nuestro viaje temporal nos convertimos en cromañones con un desarrollo lingüístico suficiente, una capacidad craneana similar a la del hombre moderno y unos órganos fonadores en plenitud de facultades. La presa, el mamut, es lo suficientemente grande como para abastecer nuestras necesidades y la de la tribu. Sabemos cazar y estamos empezando a mostrar comportamiento gregario pues cazamos en grupo. Sin embargo acometemos un ataque letal contra un semejante por unas cuantas libras de carne. Tenemos ya la capacidad de disuadir con nuestro lenguaje primitivo organizado mediante en un sistema inteligente de fonemas y sílabas. Podemos mostrar, además, nuestra disconformidad mediante un cúmulo de gestos corporales pero no somos capaces de resolver la situación por la vía pacífica ¿por qué? Quizá no nos guste la respuesta.

Porque en nuestro viaje en el tiempo, en términos evolutivos, el lenguaje superior no está lo suficientemente depurado o evolucionado como para ser una herramienta útil para la solución de conflictos. No siendo posible, por lo tanto, descartar de un plumazo las conductas agresivas que habían dictado el devenir del ser humano desde tiempo inmemorial. En el Paleolítico Superior ya éramos expertos guerreros mientras el lenguaje superior inteligente estaba dando sus primeros pasos bajo el Sol africano. Llevábamos más tiempo siendo bélicos que dialogantes, mucho más tiempo. Cuando hicimos nuestro viaje imaginario, los cromañones y antes que estos los neandertales llevaban unos 200.000 años de evolución lingüística, es decir, llevaban apenas 200.000 años hablando, sin embargo los padres y los abuelos de estos mismos homínidos llevaban más de cinco millones de años sobre la faz de la Tierra expresándose irracionalmente y solucionando su día a día mediante el uso de la animalidad contra si mismos, o lo

que es lo mismo, 200.000 años de lenguaje contra cinco millones de años de agresividad. Los datos no pueden ser más reveladores y prueban que la carga genética de nuestros ancestros, de los que primero fueron capaces de hablar, estaba llena de brutalidad. Éramos capaces de articular sonidos inteligentes pero nuestro cerebro estaba más habituado a pelear, por eso en nuestro viaje imaginario lanzamos un brutal ataque contra nuestro semejante en lugar de intentar disuadirlo mediante el uso de la palabra. Y no es de extrañar, a nivel neurológico, el cerebro humano está, de algún modo, programado para seleccionar la opción que más garantías de éxito le ofrece y cinco millones y medio de años de agresividad son un argumento más que suficiente como para que el cerebro acoja esta opción descartando de inmediato la posibilidad de una salida dialogada de la crisis. El lenguaje hablado evolucionó mucho más tarde que la agresividad pues el lenguaje es una actividad superior tremendamente más compleja que una actividad osteomecánica como mover una pierna, cerrar el puño o golpear a un semejante. La evolución desarrolló el lenguaje cuando las condiciones para ello fueron óptimas, ni antes ni después, probablemente cuando nuestro bipedismo y la mejora de nuestra dieta nos permitieron aumentar la superficie de nuestro cráneo y desarrollar un aparato fonador que, a la postre, nos permitiría hablar.

Los lingüistas creemos que el mayor salto evolutivo del hombre, hablar, tuvo lugar hace aproximadamente 200.000 años. Según estudios recientes, todo apunta a que hace 200.000 años la evolución de los homínidos hizo que el gen FOXP2, aislado y etiquetado en octubre de 2001, codificara por primera vez una proteína reguladora que los genetistas denominan factor de transcripción, gracias a la cual el citado gen habría provocado una leve mutación en otros tantos genes, pero lo suficientemente importante como para que tejidos, músculos y tendones se transformaran en un aparato fonador complejo gracias al cual hoy somos capaces de hablar. Un aparato fonador compuesto por pulmones, bronquios, tráquea, laringe, cuerdas vocales, resonadores nasales, bucales y faríngeos, paladar, lengua, dientes, labios y glotis. Realmente es algo asombroso porque este gen también se encuentra en otras especies de mamíferos como los chimpancés y sin embargo estos no son capaces de hablar. ¿Por qué? Lo cierto es que no lo sabemos con certeza. Únicamente estamos seguros de que, a nivel genético, dos de los 715 aminoácidos que componen la cadena de la proteína codificada por el gen FOXP2 han mutado en los homínidos y no en los chimpancés. Solamente dos aminoácidos en una cadena de 715, los aminoácidos treonina y asparagina. No obstante desconocemos el por qué de esta caprichosa mutación en nosotros y no en los chimpancés; simplemente no lo sabemos.

Hoy el lenguaje lleva casi 200.000 años de evolución y nos ha permitido expresar en palabras la belleza de un amanecer y el horror del holocausto nazi. Nos hemos enamorado con la poesía y compungido con la idea de Dios. El lenguaje nos ha ayudado a sobrevivir, a defender nuestras propiedades, a expresarnos, a reafirmar nuestro propio yo y a llegar hasta este momento de la historia. El lenguaje ha sido vida y prosperidad y es hoy una parte indeleble de lo que somos. Pero hay demasiadas tinieblas cerniéndose sobre la luz. 200.000 años de lenguaje contra algo más de cinco millones de años de silencio es una lucha desigual, quizá una batalla que ya está perdida. En nosotros anida, por un lado, la vida y la prosperidad, representadas ambas por el lenguaje y, por otro, la muerte, simbolizada por millones de años de autismo y agresividad. Estamos en una encrucijada. El hombre moderno se enfrenta a una lucha interna arbitrada por la genética. Y es una lucha de las peores. Si escuchamos nuestra voz y la de nuestros semejantes probablemente oigamos la opinión de millones de habitantes de este planeta que no quieren desaparecer en la noche de los tiempos inmersos en un nuevo conflicto mundial, esta vez, nuclear. Pero el rival del lenguaje es la animalidad de una bestia dormida en nosotros desde hace millones de años, y que nos es difícil contener.

En el siglo XXI son diez las potencias nucleares de cuyas manos pende la balanza del poder y que amenazan la supervivencia de la raza humana con sus ingentes arsenales atómicos: EE.UU., Rusia, China, Reino Unido, Francia, Pakistán, India, Corea del Norte, Israel e Irán. En 1945 sólo Estados Unidos tenía capacidad nuclear. Sesenta años después el riesgo de aniquilación se ha multiplicado exponencialmente. Nuestras posibilidades de supervivencia han disminuido significativamente y nuestro dilema como especie se resume en decidir sobre nuestra propia extinción. ¿Queremos vivir y luchar por hacerlo o dejarnos llevar por nuestras ansias de resolver los conflictos mediante la guerra y el dolor? La genética condicionará siempre nuestros actos hacia la guerra; la resolución de conflictos mediante la agresión y la muerte es una solución que han adoptado nuestros gobiernos, grupos terroristas e individuos de toda clase y condición social desde tiempo ancestral. 200.000 años son muchos años de lenguaje pero cinco millones de años de violencia son muchos más. Genéticamente, casi con toda probabilidad, optaremos siempre por la vía bélica; no obstante la evolución nos ha proporcionado el lenguaje superior hablado, una herramienta única sobre la faz de la Tierra, con la que tenemos la posibilidad de equilibrar la balanza. El hecho de ser cada vez más inteligentes, debe ayudarnos a modificar nuestra condición guerrera, incluso quizá debamos manipular genéticamente la carga bélica que hay en nosotros, si es el caso. Nos estamos jugando la supervivencia de nuestra propia especie. Y somos una especie demasiado joven como para desaparecer sin haber desarrollado todo nuestro maravilloso potencial.

Sabedores de que la genética juega en nuestra contra hemos de hacer un esfuerzo suplementario para ver hasta dónde somos capaces de llegar como especie. El lenguaje es una herramienta poderosísima. Todo es lenguaje. La evolución se tomó su tiempo; tardó millones de años en dar a luz el lenguaje. Quizá hayamos hecho ya lo más difícil pero ahora debemos utilizar la palabra para persuadir a nuestros gobernantes. Démosles nuestra opinión, gritémosles al oído nuestras ansias de vivir. Digámosles que no queremos desaparecer en la nada, que queremos vivir, que queremos sobrevivir; la carga genética que nos obliga a perpetuar la especie no es menos importante que la carga bélica que puede conducirnos a la aniquilación. Llevamos muy poco tiempo sobre la Tierra y la posibilidad de seguir evolucionando ofrece un futuro impredecible y prometedor para nosotros y nuestros herederos. Los posibles efectos devastadores del cambio climático, la muerte del Sol dentro de millones de años y, por ende, la desaparición del Sistema Solar o un cataclismo como el impacto de un asteroide ya amenazan suficientemente la supervivencia de nuestra especie. Además es posible que la extinción de la raza humana a manos de la guerra esté impresa en nuestros propios genes desde siempre y todo sea únicamente cuestión de tiempo, pero no es necesario acelerar el proceso. No tiene sentido.

All contents © copyright JC Translations. All rights reserved

www.jctranslations.com